

EL SOCIALISMO

REVISTA QUINCENAL

Año I.

Madrid, 20 de enero de 1908.

Núm. 1.

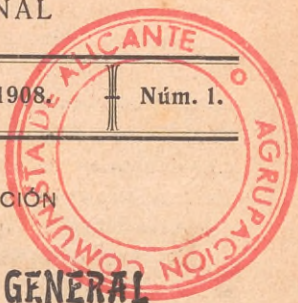
INICIANDO UNA INFORMACIÓN

LA CRISIS DE LA UNIÓN GENERAL

Faltan pocos meses para que la Unión General de Trabajadores de España celebre, cumpliendo lo preceptuado por sus Estatutos, su VIII Asamblea nacional. Siempre han despertado extraordinario interés los Congresos de esta simpática y por muchos conceptos útil Federación, que es el portavoz del proletariado consciente de nuestro país; mas éste que se anuncia lo despierta aún mayor—al menos á nosotros—por la crisis que la Unión atraviesa.

Cuando hace tres años la Unión convocó el Congreso precedente estábamos muy lejos de sospechar que en el espacio de tan poco tiempo iba á experimentar las enormes pérdidas que ha sufrido. Entonces tenía en su seno—según las estadísticas de febrero de 1905—373 Sociedades y 56.905 federados; era realmente una fuerza formidable y su éxito justificaba la rebotante satisfacción que sentíamos todos los socialistas, en particular los valientes camaradas que la crearon, y las halagüeñas esperanzas que cifrábamos en su porvenir.

Participábamos de estas satisfacciones y de estas esperanzas, no sólo los que por sentir correr en nuestras venas la ardorosa sangre juvenil estamos predispuestos á inclinarnos al optimismo, sino también los correligionarios antiguos, los que han encanecido en la lucha, los que han paladeado el amargo sabor del desengaño—fruto ingrato con que la injusta realidad paga en ocasiones los esfuerzos y sacrificios de los hombres que batallan por el triunfo de un ideal



bello y redentor—. Y lo cierto es que los resultados que arrojaban las estadísticas abonaban aquellos venturosos pensamientos; ellas decían, con la fría elocuencia con que hablan los números, que en 1889 la Unión contaba sólo con 27 Secciones y 3.555 federados; que tras diez años de incesante combate y tras diversas alternativas, había logrado tener á su lado 65 Sociedades y 15.264 asociados, y que después, en el septenio de 1899 á 1905, los progresos habían sido tales que el número de Secciones aumentó en cerca de 500 por 100 y el de federados en un 300 (1).

No duró mucho nuestra alegría. A los cuatro ó cinco meses de celebrado el Congreso, *La Unión Obrera* acusaba un retroceso grande, de más de 10.000 federados; y á esta estadística siguieron otras, todas registrando bajas importantes de Secciones y de individuos, bajas que en conjunto vienen á representar aproximadamente la resta del 50 por 100 de las fuerzas que tenía la Unión General.

Y ahí van los números, que, para desgracia de todos, no nos dejan por embusteros:

AÑOS	Secciones.	Federados.
1905 (febrero).....	373	56.905
1905 (octubre).....	346	46.485
1906 (marzo)	274	36.557
1906 (octubre).....	253	34.537
1907 (abril).....	246	32.405
1907 (septiembre).....	225	30.066

Es decir, la Unión ha perdido desde el anterior Congreso á éste 148 Sociedades y 26.839 federados. Se halla, por consiguiente, al celebrar el VIII Congreso, en pleno período de crisis.

*
* * *

(1) En el período indicado la Unión acrecentó sus fuerzas en la forma siguiente:

Años.	Secciones.	Federados.	Años.	Secciones.	Federados.
1899	65	15.264	1903	331	46.896
1900	126	26.088	1904	352	56.900
1901	198	31.588	1905	373	56.905
1902	252	40.087			

Datos tomados de *La Unión Obrera*, órgano oficial de la Federación.

¿Qué hará la futura Asamblea ante la intensa crisis que estamos presenciando? Expresará, indudablemente, su sentimiento; pero como estos graves problemas no se resuelven con lamentaciones, estamos seguros de que los delegados no se limitarán á llorar las pasadas grandezas y las esperanzas, muertas en flor, de un porvenir risueño y amable. Suponer que los delegados pudieran proceder de esta suerte sería ofenderles.

Nosotros estamos convencidos de que los diputados que la fracción más consciente del proletariado español enviará á su próximo Parlamento estarán á la altura de las difíciles circunstancias en que la Unión General se encuentra; abrigamos la seguridad de que tratarán con la amplitud que el caso requiere de la causa ó de las causas determinantes de la crisis, y que en el caso de que convengan que son varias, señalarán la medida en que cada una ha influido y tratarán igualmente de los medios de atajar ó paliar los funestos efectos que la crisis produce en las filas de los trabajadores.

Y es tan firme el convencimiento que tenemos de que los delegados se conducirán en la forma que indicamos, que en cuanto nos decidimos á publicar *EL SOCIALISMO*—empresa superior á nuestra modesta inteligencia y que sólo podremos llevar á cabo con la ayuda de los amigos—, pensamos en facilitar su labor abriendo la información que iniciamos con estas líneas, información á la que esperamos concurren las personas que han sido invitadas al efecto.

Las ideas que expongan los informantes y los datos que aporten servirán incuestionablemente á las secciones que integran la Unión para formar un juicio exacto de este vital problema y fijar una orientación á sus delegados. Por otra parte, la información contribuirá á crear un ambiente propicio para que se discuta el asunto con serenidad y con mayores garantías de adoptar acuerdos acertados.

* * *

Aunque no es precisamente la memoria nuestra más relevante facultad, recordamos que en varias ocasiones se ha hablado y escrito acerca de la «crisis de la Unión General»;

pero en nuestro entender no se ha hablado lo suficiente, y aunque se hubiera hablado más creemos que la circunstancia de hallarnos en vísperas del Congreso nos impone la obligación de poner este asunto sobre el tapete.

Además, en nuestra opinión el problema no se ha planteado en su integridad; hasta ahora los que se han ocupado del particular—excepto Meliá en los artículos publicados en los últimos números de LA REVISTA SOCIALISTA—han atribuido la crisis de la Unión General exclusivamente á la crisis de trabajo. Y aunque esta es la causa principal creemos que existen otras que conviene estudiar y tener muy en cuenta.

¿Por qué no pensar que pueda influir en la crisis el espíritu localista y corporativo que domina todavía en la generalidad de las Sociedades de resistencia, espíritu que impide que existan fuertes Federaciones nacionales de oficios?

¿Por qué no tener presente, al estudiar el problema, la ausencia de Sociedades de resistencia con base múltiple?

¿Por qué no fijarse en el fracaso de la huelga general de obreros del mar y en el de la huelga de carpinteros de Valladolid?

Estos hechos y otros de menor importancia deben ser examinados, á juicio nuestro, antes de emitir dictamen definitivo sobre tan ardua cuestión. Y conste que al hablar así no pretendemos inducir á las personas consultadas á que sigan determinados derroteros en sus investigaciones; lo que pretendemos únicamente es justificar nuestra conducta.

Y como ya son conocidos los móviles que nos guían á abrir la información y los fines que con ella perseguimos, hacemos punto. Ahora tienen la palabra los informantes. Escuchémosles.

XXX.

LA HUELGA GENERAL

¿Qué es la huelga general? Esta denominación puede aplicarse á muchas categorías de huelgas.

Es huelga general la huelga que plantean los obreros de un mismo oficio ó de un grupo de oficios en una misma localidad.

Lo es también la huelga que realizan en una misma población los trabajadores de todas las profesiones.

Lo es asimismo la declarada por una Corporación ó por varias en todo el país.

Lo es la que hacen los obreros de todos los ramos de la industria en una provincia ó en una nación.

Lo es la que efectúan los trabajadores de un oficio en todo el país.

Por último, se aplica este nombre á la huelga que, según opinión de algunos, plantearán un día dado los obreros de todos los oficios en las naciones donde impere el régimen patronal ó capitalista.

De estas seis categorías de huelga general, la primera es la que emplean con más frecuencia los proletarios, y es la que seguramente da mejores resultados. Casi siempre tiene por objeto la conquista de determinadas mejoras materiales ó morales.

Los ejemplos de la segunda clase de huelgas son muy raros. La mayoría de las veces tienen como finalidad el protestar de atropellos cometidos por las autoridades ó impedir que el atropello iniciado continúe. Es muy reducido el número de casos en que el motivo de la huelga es la demanda de ventajas de orden material.

La clase siguiente la vemos con bastante más frecuencia circunscrita á parte de la nación que extendida á toda ella. Los obreros apelan á esa huelga por lo común para alcanzar mejoras en las condiciones del trabajo y rara vez la utilizan para protestar contra abusos de la autoridad.

La cuarta categoría es poco usual. Se declara en una región en forma de protesta contra la opresión del capital ó del Gobierno, y en una nación como medio de manifestar el deseo de que los Poderes públicos concedan ciertas reformas de carácter político; por ejemplo: las huelgas declaradas en Bélgica en favor del sufragio universal y en Holanda por la libertad de coalición.

La quinta categoría puede ser efectuada por muy contadas Corporaciones. Tiende á mejorar la situación de parte del proletariado y otras veces á contrarrestar alguna iniquidad de la clase capitalista.

En cuanto al sexto género de huelgas, la huelga á la que sus partidarios asignan como fin la conquista de una reforma general para todo el proletariado ó la revolución social, entiendo que jamás se realizará.

¿Es que los partidarios de la huelga general creen que debe aplicarse esta denominación al hecho de que una ínfima minoría de obreros de todas las naciones abandone á la vez el trabajo? Si esto ocurriera, el movimiento entrañaría más males que bienes para el proletariado, porque—como hemos visto en España siempre que se ha declarado una huelga de esta naturaleza—con tal movimiento se ofrecería excelente ocasión á los que detentan el Poder político para utilizar el Ejército y la Policía en la persecución de los trabajadores y de sus organizaciones y para dificultar gravemente el desarrollo de las colectividades de los proletarios.

Y no es suficiente decir que esta ocasión se ofrece en todas las huelgas, porque los hechos demuestran lo contrario.

Aunque las autoridades se muestran siempre dispuestas á ponerse al lado del patrono—pues así tiene que ser por razón de su misma existencia—, y con censurable frecuencia su conducta es escandalosamente parcial, se observa que en la mayoría de las huelgas bien preparadas y tramitadas—es decir, aquellas en que los obreros proceden con reflexión y procuran no dar pretextos que justifiquen la intervención de la fuerza pública—, los agentes del Poder se conducen de forma tolerable y sin apelar á procedimientos brutales.

Cuando se originan huelgas de la índole de las que aho-

ra nos ocupamos, sucede todo lo contrario. Como los que provocan el movimiento están en minoría, se ven forzados á poner en juego la astucia unas veces, la violencia otras para generalizarlo, y con sus maniobras provocan inevitablemente la intervención bárbara de la fuerza pública. Esto es lo que ha ocurrido en España siempre que los anarquistas han tratado de realizar una huelga general, y lo que ocurre y ocurrirá en los demás países en casos semejantes.

¿Es que al hablar de huelga general se refieren á la eventualidad de que dejen de trabajar la mayoría de los obreros de una nación? Mas si este movimiento se produce; si la mayor parte de los proletarios se encuentran en situación de abordar ese conflicto; si su organización es tan fuerte y su acción política tan vigorosa, lo que se impone entonces no es que los trabajadores se crucen de brazos para obtener una mejora de carácter general; lo que hace falta es que use en su propio provecho de las enormes energías acumuladas; que acuda de lleno á la acción revolucionaria, asalte la fortaleza capitalista y concluya con la dominación de la clase explotadora.

Y no vale decir que á este resultado se llega también por la huelga general.

Si lo que se pretende es que la clase obrera vaya—cuando cuente con medios suficientes—á la acción revolucionaria, al empleo de la violencia para arrancar el Poder á la clase enemiga, que se diga claramente y no se hable de la huelga general.

En realidad, los partidarios de la huelga general, ó al menos la mayor parte, no se cuidan apenas de la revolución social en el sentido moderno que se ha dado á esta palabra. Y la prueba de que no piensan en ella es que no hacen nada de lo que se exige para preparar su advenimiento. Su manera de preparar huelgas produce un efecto: el de lanzar á los trabajadores al empleo de la acción revolucionaria á destiempo, cuando la casi totalidad del proletariado no posee conciencia exacta de sus intereses de clase y carece de la unión y la organización que necesita para emprender esos derroteros.

A los anarquistas españoles, que son los voceros de la huelga general en nuestro país, les coge por completo las

censuras apuntadas. En cuanto en una localidad donde ellos disponen de elementos se plantea una huelga—aunque sea para aumentar el salario ó disminuir la jornada de trabajo de corto número de obreros—ya están procurando por todos los medios convertirla en huelga general y provocar choques violentos entre los explotados y los explotadores. Y creen que del choque surgirá la chispa que determinará la revolución social. Así lo han proclamado en los manifiestos y llamamientos que han dirigido al proletariado, y, fieles á esta descabellada táctica, enderezan siempre sus esfuerzos á que toda huelga, incluso la planteada en una fábrica ó un pequeño taller, se extienda y generalice, y para lograrlo se oponen abiertamente á toda transacción y combaten de continuo las Cajas de resistencia. Quieren que los obreros en huelga, desesperados por el hambre y la negativa de los patronos á concederles todo lo que reclaman, acudan á la lucha tumultuaria.

¿Cuáles han sido los resultados de esta clase de huelgas generales? Todas, absolutamente todas, han sido funestas: no se ha alcanzado ni una sola victoria; unas veces ha tenido como consecuencia la disolución de las organizaciones obreras; otras, multitud de procesos y persecuciones; otras muchas, la muerte ó el encarcelamiento de bravos luchadores ha sido el corolario de tan desatinadas luchas. La famosa huelga general de Barcelona de 1902 demostró lo que puede esperarse de esos movimientos acéfalos. Se planteó so pretexto de afirmar la solidaridad de todos los obreros con los metalúrgicos, que se hallaban en huelga; los obreros abandonaron el trabajo y se lanzaron á la calle; en aquellos millares de proletarios no había ni unidad de pensamiento, ni plan ni dirección. Y como es lógico, el resultado fué el que está en la memoria de todos: que la sangre obrera corrió, que hubo muertos y presos, y que la organización se quebrantó extraordinariamente.

La única huelga general que ha triunfado en España es la de los mineros de Bilbao de 1905, sostenida principalmente por los socialistas. ¿Y por qué triunfó? Porque era muy distinta de las otras, por su finalidad y condiciones, la modestia de las peticiones formuladas por los mineros, la evidente justicia de su demanda, reconocida incluso por

gente extraña al proletariado, el ambiente que se formó en toda la nación, la oportunidad con que se planteó, etc., etcétera, fueron factores que determinaron la victoria. La sangre obrera regó las calles, pero no fué por culpa de los trabajadores.

No creo que pueda negarse en principio la utilidad eventual de la huelga de todos los oficios en una población, en una región ó en una nación entera para alcanzar alguna mejora económica, política ó moral. Pero encierra tales peligros, sobre todo si la huelga es regional ó nacional, que estimo que no se debe apelar á ella más que en casos muy extremados y en condiciones excepcionales. La falta de homogeneidad de la masa huelguista, por pertenecer á diversos oficios, por estar unos obreros asociados y otros no, por el distinto grado de educación societaria de una parte y la vigilante intervención de las autoridades de otra, hacen muy difícil, casi imposible, que la huelga no ofrezca ocasión á los servidores de la burguesía para suscitar cuestiones de orden público, cuestiones de las que debe huir el trabajador mientras no cuente con medios adecuados para contrarrestar la acción de los perseguidores.

Por lo que respecta á la huelga general internacional, huelga que se preconiza principalmente en los países donde no existe apenas organización, la considero un sueño, y su propaganda me parece perjudicial porque coloca á los obreros en condiciones de llevar á cabo actos contrarios á sus intereses.

Lo que debemos hacer es acrecentar cuanto podamos la organización obrera, así en el orden político como en el económico, y preparar el terreno, no para que los proletarios se limiten á cruzarse de brazos, sino para que arranquen revolucionariamente el Poder al capitalismo.

Pablo Iglesias.



COOPERACION ⁽¹⁾

I

Cooperativas de consumo.

¿Qué es una Cooperativa de consumo?

Una madre de familia compra dos litros de vino diariamente al tendero ó al tabernero de su calle. Cada día gasta 1,40 pesetas para llevar á su casa un vino siempre malo, á menudo bautizado, y algunas veces falsificado. Sabe que uno de sus vecinos, que tiene dinero y crédito, compra al representante directo del cosechero un tonel de 220 litros que, puesto en la bodega, resulta por 130 pesetas. El burgués paga al por mayor á 59 céntimos el litro de vino natural, en tanto que la madre de familia compra por 70 céntimos, al detall, un litro de vino hecho con fuchina. Si pudiera obtener el mismo vino que el capitalista, y en las mismas condiciones, economizaría 22 céntimos diarios en los dos litros, ó sea 80,30 pesetas en el año.

Solamente que para economizar estas 80,30 pesetas necesitaría poseer las 130, y la madre de familia no las tiene.

Pero se le ocurre dirigirse á otras nueve amigas que no son más ricas que ella, y las diez convienen en economizar cada una 13 pesetas, y reuniendo las diez participaciones de 13 pesetas suman 130, y se hacen traer un tonel de vino. Cada una recibe la décima parte de los 220 litros, que son 22, y así tienen el vino bueno, y que sólo les cuesta á 59 céntimos el litro en vez de los 70 céntimos que le costaba igual cantidad de vino falsificado.

Estas diez madres de familia han formado temporalmente una pequeña *Cooperativa de consumo*.

Hagamos algunas consideraciones:

1.^a Si cada familia bebe los 22 litros en once días, habrá necesidad de comprar un barril cada once días, ó sean aproximadamente 33 en el año. La asociación de las diez madres de familia obreras compran, pues, al año, ocho ó diez veces más vino

(1) Conferencia leída en el Centro Obrero de Madrid (Relatores, 24), bajo los auspicios de la Liga Española para la Instrucción popular, la noche del 1.º de diciembre de 1907, por Enrique Lluvia.

que el burgués que ha servido de ejemplo; es mejor cliente para el cosechero ó su representante, y por tanto, podrá pagar la misma calidad de vino algo más barato que quien sólo compra tres ó cuatro toneles por año. El vino podrá resultar en este caso á 57 céntimos, por ejemplo, en vez de 59.

2.^a Lo que las madres de familia hacen para el vino, podrán asimismo hacerlo para otros productos: para las patatas, para el carbón. Quien compra 1.000 kilos de carbón en París, paga ordinariamente 51 pesetas, es decir, á 2,55 pesetas el saco de 50 kilos, mientras que un saco comprado al por menor cuesta 2,70 y hasta 2,80. Estas mismas observaciones servirán para casi todos los artículos. Y si una familia obrera economiza en los doce meses 80 pesetas en un solo producto, 60 en otro, 45 en otro y así, sucesivamente, llegará al fin del año gastando, por término medio, 11 pesetas en lugar de 12, y vivirá con más salud con el producto de once meses de trabajo que antes con el producto de los doce meses.

3.^a En fin, ¿y si en vez de asociarse diez familias se asociaran ciento, se asociaran mil? Es indudable que los beneficios de la asociación aumentarían todavía más.

¿Pero es esto posible?

Sí, porque precisamente es eso lo que hacen los miembros de las Cooperativas de consumo en Francia, en Bélgica, en Inglaterra y empieza á hacerse en España.

En Bélgica, el Vooruit de Gante tuvo su origen en 1873 en un sótano y con un capital de 1.000 francos prestados á los cooperadores por la Sociedad de Tejedores. Hoy fabrica más de 100.000 kilos de pan por semana y posee varios inmuebles; está constituida por la asociación de 8.000 familias obreras.

La Casa del Pueblo de Bruselas, que empezó en 1882, fué fundada con un capital de 700 francos. En 1899 poseía inmuebles por valor de dos millones; en el primer trimestre de este mismo año repartió 5.005.318 panes á sus 18.000 familias asociadas.

En Francia, la Unión de Lille contaba en 1899 con 6.000 familias.

Nos ocuparemos especialmente del *Avenir de Plaisance*, de París (XIV distrito), para demostrar lo que puede llegar á ser; entre manos hábiles y expertas, una Asociación tan humilde como la de las diez madres de familia.

En 1875, varios obreros sin instrucción que habían tomado parte en el movimiento de la *Commune*, resolvieron vivir con menos gastos. No eran más que 20; sus mujeres eran hostiles á la cooperación, y la policía asistía á todas las reuniones del Consejo. Los comienzos fueron duros y la propaganda difícil. Sin embargo, el *Avenir de Plaisance* se había fundado y tenía vida propia. En 1884 sólo contaba con 60 asociados. Hasta 1890 fueron escasos los progresos de esta Cooperativa.

De pronto se produjo un aumento brusco, y en 1892 esta Sociedad tenía 600 socios y pagaba cinco empleados.

Desde entonces el desarrollo es continuo, como demuestra el siguiente cuadro: VISTA 1.^a

AÑOS	Socios.	Ingresos.	Beneficios á repartir.
		Francos.	Francos.
1892.....	600	206.189	8.000
1893.....	1.185	349.258	1.300
1894.....	1.708	488.261	23.208
1895.....	2.451	752.285	33.676
1896.....	3.367	1.043.772	46.452
1897.....	3.923	1.302.339	50.343
1898.....	4.447	1.424.364	57.777

En 1896 esta Sociedad adquirió un terreno por 32.659 francos é hizo construir en él, por 170.300 francos, un vasto edificio de 17 metros de ancho por 32 de largo, en el cual se ha hecho una instalación magnífica y cómoda. Aproximadamente vende al año:

Pastas alimenticias.....	30.000 kilos.
Jabones.....	50.000 »
Manteca.....	48.000 »
Vino.....	14.000 hectolitros.

Además, vende calzado, vestidos de trabajo, quincallería, cepillos, cuchillería, frutos y comestibles. Finalmente, durante el primer semestre de 1899, el ramo de carnicería, recién establecido, tuvo un ingreso de 82.000 francos.

En 1899, el *Avenir* cuenta unos 5.000 miembros, y ocupa á 34 empleados. En este año el número de empleados es dos ve-

ces mayor que el de socios en 1873 en el momento de la fundación.

Tal es el vigor adquirido por una Cooperativa cuyos comienzos fueron tan humildes y penosos. Los que se han asociado á los 20 fundadores en 1873, son actualmente copropietarios de una sólida casa que hace negocios al año por valor de más de millón y medio de francos.

Ventajas personales.

I. Con igual cantidad de dinero un cooperador consume artículos superiores en calidad á los que puede adquirir al por menor un trabajador aislado.

Es imposible enumerar todas las falsificaciones sufridas por los géneros. Algunas son conocidas por todo el mundo. El lechero declara en los consumos 500 litros de leche, y gracias al agua clara que le añade vende 1.000 ó 1.200 á los consumidores. El expendedor de vinos bautiza generosamente sus líquidos y procura restituirles en algo su color con un poco de fuchina. El «destilador» envenena á todo un distrito con su alcohol falsificado, aumentado con agua, pero fortalecido con vitriolo; con esto halla el medio de hacer algo más peligrosa su mercancía. Algunos tenderos de comestibles agregan polvo á la pimienta molida, harina ó yeso al azúcar; uno de estos tenderos, establecido en Vierzon, ha sido condenado por haber vendido, con el nombre de te, unas hojas coloreadas con azul de Prusia.

Si un niño tiene necesidad de tomar el aceite de hígado de bacalao, sus padres se privan de lo necesario para darle ese remedio y el niño vence su disgusto para tragar con valentía la droga que ha de darle la vida... Pero—dice Luis Bertrand—hay en los alrededores de París dos fábricas de aceite de hígado de bacalao que compran á vil precio todos los pescados podridos, ostras, almejas, etc., que el inspector de Mercados ordena tirar, y con ellos hacen aceite de hígado de bacalao. ¡Admirémonos de lo eficaz que resultará este remedio!

Sin citar otros ejemplos, sólo añadiremos que todos los meses se publica en Amsterdam una revista cuya sola existencia tiene el valor de un argumento: es la *Revista de las Falsificaciones*. Su lectura es edificante.

¿De qué medios dispone el trabajador aislado para reconocer las falsificaciones? De ninguno. Está indefenso contra el fraude del gran fabricante, como contra el del pequeño comerciante, á quienes «las necesidades de la competencia» incitan á falsificar los géneros. Por el contrario, la Cooperativa tiene los recursos indispensables. Desde luego suprime una de las fuentes de falsificación evitando la intervención del tendero. Además, puede hacer analizar por un químico los productos suministrados por el vinatero, el fabricante de chocolate, el abastecedor de café ó arroz y los fabricantes de lanas, paños y calzado. El cooperador es un cliente difícil de engañar y á quien no se arriesgan á falsificar los productos, pues el descubrimiento de un fraude expondría al comerciante poco escrupuloso á la pérdida de un mercado importante, al par que al riesgo de un proceso desastroso. El temor á los químicos, de que puede asesorarse la poderosa Asociación Cooperativa, resulta para aquellos que tienen una conciencia poco escrupulosa el principio de la sensatez y de la lealtad.

Así, pues, el trabajador puede tener alimentos más sanos y vestidos más duraderos, si entra en una Cooperativa de consumo, pues hay una gran diferencia entre el precio del mismo objeto, tomado al por mayor ó comprado al detall. Esa diferencia oscila en términos que es difícil de precisar. De una información llevada á cabo en 1866, resultaba que un objeto comprado por 10 francos en la fábrica, al venderse en el comercio alcanza un precio de 13 á 22,70 francos más. Tomando la cifra inferior (30 por 100) se llega á la conclusión de que los detallistas, en Francia, cargan sobre los consumidores un impuesto anual de 7.500 millones. Pero nada hay en esto de asombroso: Francia tiene más de 100.000 tenderos de comestibles (uno por cada 90 familias), más de 50.000 panaderos (uno por cada 184 familias) y otros tantos carniceros, sin contar los otros comerciantes al detall que venden artículos de primera necesidad. En resumen, por cada diez familias hay un detallista. Lo cual supone un recargo muy grande de todo producto sobre su precio de coste. Las Cooperativas suprimen en gran parte ese exceso de precio, que queda á beneficio de las Sociedades.

Con frecuencia se hace á las Cooperativas de consumo la objeción siguiente: El obrero necesita crédito cuando se halla enfermo ó falto de trabajo ó en época de huelga, y las Cooperativas no hacen crédito á nadie.

En efecto, una Cooperativa seriamente constituida debe vender exclusivamente al contado.

En primer lugar, es un procedimiento de justicia, pues vender á unos al contado y á otros á crédito, es hacer pagar el crédito de los segundos por los primeros, y, por consiguiente, vender más caro á los que pagan al contado.

En segundo lugar, ese sistema es necesario, pues si no, una parte del activo de la Cooperativa consistiría en créditos sobre individuos insolventes, y estaría expuesta á perecer al menor tropiezo, como ocurrió con la Cooperativa de Lourches, que desapareció porque habiendo hecho crédito por 3.000 francos de géneros á sus miembros, se encontró un día que le faltaban 1.800 francos para efectuar sus pagos y no los tuvo.

* * *

En fin, es un servicio importante el que dispensa al cooperador la instrucción que recibe por la Cooperativa. Es ésta un lugar de reunión, de sana distracción, donde se halla en invierno luz y calor y en todo tiempo camaradas, conferencias y libros; mientras que el obrero aislado va de la fábrica á la taberna, porque no tiene otro lugar, el cooperador va á su Sociedad, y en lugar de embrutecerse con el alcohol en provecho del tabernero, que lo envenena lentamente con el más económico de los tóxicos, va á reunirse con sus camaradas, á discutir con ellos, á escuchar á un orador, á leer los libros de su biblioteca y, en resumen, ilumina su conciencia, desarrolla su inteligencia y se convierte en un ardiente y vigoroso miembro de reconstitución social (1).

Enrique Lluria.

(Se continuará.)

(1) *Manuel du Coopérateur Socialiste*, por Maurice Lauzel, de la biblioteca socialista. Precio, 50 céntimos.

HISTORIA DE LA ORGANIZACIÓN INDUSTRIAL

El estudio de las diversas formas en que se fué desenvolviendo la clase trabajadora, tiene un gran interés, reviste una importancia excepcional, y sin embargo, no ya por la gran masa, falta en absoluto de instrucción, sino también por la gente culta y erudita, se ha mirado con gran indiferencia este género de cuestiones.

Nosotros, convencidos de la gran utilidad de la divulgación de estos problemas, que de otro lado son antecedentes indispensables para tratar algunos asuntos de que hemos de ocuparnos á su debido tiempo, queremos presentar á grandes rasgos, trazando las líneas más salientes del movimiento obrero considerado desde el punto de vista de su constitución, la historia de la organización industrial en los principales pueblos ó por lo menos en aquellos países que han influido en el desenvolvimiento social.

Prescindiremos en absoluto de narrar aquí todas aquellas noticias y conjeturas que nos dan algunos historiadores sobre las instituciones ú organismos obreros que existieron en los pueblos antiguos, tales como la India, el Egipto y Grecia. Y si prescindimos de estos antecedentes es porque, en primer lugar, son de un carácter novelesco ó imaginativo, las más de las veces invenciones fantásticas, más ó menos poéticas, de gentes que se complacían en urdir patrañas y fabricar cuentos sin realidad alguna. Además, y esta es la razón principal que nos induce á seguir el plan propuesto, esos datos no tienen la menor importancia para el objeto que perseguimos, que aun en el caso de ser forzosamente ciertos, tendrían el valor de la curiosidad de una cosa pasada, como puede ofrecerla un fósil, una moneda, un instrumento, que sólo á título de curiosidad pasa al Museo cuando no sirve para otro fin, ni dice ni habla nada al historiador, al naturalista, al numismático ó al sociólogo.

Nuestra labor va á tomar como punto de partida el aná-

lisis de las organizaciones de los trabajadores en Roma. Para evitar repeticiones, omitimos aquí razonamientos y reflexiones que han de surgir constantemente en el transcurso de nuestro estudio, y entonces verá el lector los motivos que nos indujeron á buscar en el pueblo romano los primeros antecedentes de la organización industrial.

El espíritu de asociación tiene en Roma expresiones tan acabadas como elocuentes y se manifiesta en multiplicidad de formas. Desde los *collegium* religiosos—tanto de carácter público como de orden privado, para el culto familiar—hasta las asociaciones de recreo, el pueblo romano buscó siempre en las organizaciones corporativas el medio de realizar una serie de funciones que individualmente no podrían ser desempeñadas ni habrían llegado á tener la importancia social que en determinados momentos ostentaron.

Las organizaciones de Numa y Servio Tulio tenían por base la clasificación social de los elementos del trabajo y la división de oficios. Y al lado de esta labor oficial, la iniciativa privada, sintiendo la necesidad de apoyarse mutuamente y de unirse para determinados fines, creaba los llamados *tenuiorum collegia*, que alcanzaron una importancia tal que el legislador, en la Ley de las Doce Tablas, llegó á reconocerles su independencia y se creyó en la necesidad de revestirles de una autonomía completa.

Los *tenuiorum* eran verdaderas organizaciones de carácter obrero inspiradas en principios de mutualidad, presentando una reglamentación perfecta, pero predominando en ellas un sentimiento de carácter religioso, que en tiempo de Servio Tulio sirvió de base á ciertas reformas, de carácter popular, que habían de ser anuladas por Tarquino el Soberbio.

Dado el carácter guerrero y aristocrático de la Roma primitiva, la industria no llegó á merecer los honores que más tarde se le habían de reconocer; las artes manuales eran despreciadas por completo; los espíritus más elevados (Cicerón y Séneca, por ejemplo) consideraban como viles y denigrantes las ocupaciones propias del artesano.

Pero, como consecuencia necesaria de la condición político-social del pueblo romano, eminentemente guerrero en

los albores de su historia, habían de transformarse muy pronto estas situaciones y estas ideas.

Tan pronto como la expansión del pueblo latino llega á traspasar los lindes de la Península italiana; desde el instante en que sus triunfos la engrandecen; á partir del momento en que su poder se consolida, el lujo y los placeres empiezan á abrirse paso en las costumbres austeras de aquel pueblo, hasta entonces sometido á una disciplina férrea.

El inmenso poder del pueblo del Lacio, que dominaba desde España á Grecia y había sometido el África á su soberanía, hizo de Roma el pueblo más rico y poderoso de su tiempo.

La aristocracia, poseedora de grandes masas de esclavos, los utiliza en la agricultura, en las artes industriales y en el comercio; mueren las pequeñas industrias; los oficios pasan á ser desempeñados por los esclavos; la agricultura intensiva es sustituida por el gran cultivo y la organización económica se revoluciona fundamentalmente.

Resultado de este cambio, y consecuencia inevitable de este nuevo estado de cosas, fué el empobrecimiento de los artesanos y agricultores libres, arrollados por los elementos de trabajo que representaba la gran masa de esclavos.

Aquellas organizaciones de que hablamos al principio, formadas por hombres libres, se ven modificadas substancialmente en su constitución al dar entrada á la gente esclava y llegan á ser instrumentos de oposición, focos de protesta y armas poderosas para las agitaciones políticas; tanto es así, que en las contiendas de Mario y Sila son el factor más poderoso de aquella lucha sangrienta.

En distintas ocasiones, para producir motines y alteraciones del orden público, el mismo poder oficial fomenta las protestas y busca en los *collegia* ó *corpora* los gérmenes revolucionarios. Tal sucede en los tiempos de Catilina, cuando el Senado, sólo con el propósito de crear altercados y desórdenes, manda suprimir la mayor parte de aquellas organizaciones.

César, aleccionado por los acontecimientos, testigo de las furiosas contiendas que se habían desencadenado desde el año 50 al 40 antes de Jesucristo, pensó en suprimir estos centros políticos de agitación y causa de perpetuas protes-

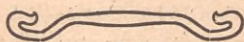
tas, para lo cual empezó por suprimirlos, declarando lícitos aquellos que habían conservado su antigua significación, *antiquitus*, y proscribiendo todos los demás. La política de César fué seguida por Augusto, que en los primeros años del Imperio persiguió todos los *corpora* de reciente formación, por ser armas políticas de los agitadores rebeldes y ambiciosos.

Conseguida esta purificación; una vez llevada á cabo esta labor, pensó en organizarlos, y para evitar que nuevamente se reprodujeran los antiguos males, estableció el régimen de la autorización previa, en el que antes de proceder á constituir estas organizaciones se exigía una autorización del Senado.

Augusto Barcia.

Profesor de Legislación social en la Escuela de Estudios Especiales^s
del Ateneo de Madrid.

(Continuará.)



LAS CIUDADES TENTACULARES

LOS CAMPOS SE DESPUEBLAN

Tarde dedica uno de los más ingeniosos capítulos de su libro *Les transformations du pouvoir* á demostrar que las grandes ciudades juegan en la sociedad moderna un papel importantísimo que jamás jugó ninguna aristocracia de las sociedades precedentes.

Quizá hubiera podido Tarde decir lo mismo en forma menos mordaz y más comprensible: quizá hubiera sido mejor que dijera simplemente que la burguesía, reconcentrada en las grandes ciudades, ejerce en la actualidad el predominio que en la Edad Media ejercieron los nobles dispersados en sus señoriales castillos.

Pero cualquiera que sea la manera como se diga, lo cierto es que el prodigioso y continuado *crecimiento de las aglomeraciones urbanas* que se observa en todos los países de cultura europea desde los comienzos de la era capitalista, y en particular desde hace un centenar de años, constituye un fenómeno de carácter general que ha sido fecundo en consecuencias sociales y políticas.

Al empezar el siglo XIX contaba Europa—sin incluir Constantinopla—, 21 ciudades de más de 100.000 almas, con una población total de 4.700.000, es decir, el 35 por 100 de la población total del continente. Hacia el año de 1900—no precisamos porque los censos son de diversos años—, el número de ciudades europeas que tenían más de 100.000 almas ascendía á 147 y su población sumaba 40 millones, ó sea la décima parte de la población continental.

En 1800 sólo había en el mundo, dominado por la civilización occidental, una ciudad que tuviera más de un millón de habitantes.

Filadelfia, la principal ciudad de los Estados Unidos, tenía 69.403 habitantes; Nueva York, 60.489. Chicago no existía. En Washington acababa de instalarse el Gobierno federal, había monumentos y calles, pero muy reducida cantidad de casas. La población urbana (ciudades de más de 8.000 almas) no representaba más que el 4 por 100 de la población total de aquella República.

En el continente europeo las aglomeraciones más grandes alcanzaban las siguientes cifras:

Berlín.....	172.000
San Petersburgo.....	220.000
Viena.....	231.000
Moscú.....	300.000
París.....	548.000
Londres.....	958.000

Al presente, en los Estados Unidos, hay 135 ciudades que tienen una población superior á 30.000 habitantes. Entre ellas se cuentan 38 que están habitadas por más de 100.000, y según el censo de 1.º junio de 1900, tienen más de un millón: Nueva York, 3.437.202; Chicago, 1.698.575, y Filadelfia, 1.293.697.

En el resto del mundo—exceptuando China, donde, según evaluaciones muy confusas, habrá media docena de capitales con más de un millón de almas—, se cuentan hasta siete ciudades que tienen por encima de un millón de habitantes:

Moscú.....	1.036.000 (1)
San Petersburgo.....	1.439.000 (1)
Jeddo.....	1.440.000
Viena.....	1.662.269
Berlín.....	1.888.326
París.....	2.714.068
Londres....	4.536.063

Y debe tenerse presente que los límites administrativos de estas capitales no son sus verdaderos límites. Así, por ejemplo, la población de Berlín pasa de dos millones de habitantes si incluimos en la estadística la de tres localidades inmediatas: Charlottenburg, Schöneberg y Rixdorf. La aglomeración parisién, con Levallois-Perret, Neuilly, Clichy y las otras comunidades de la cintura, arroja un total de población de más de cuatro millones de almas. Londres, en fin, forma con sus alrededores una aglomeración monstruosa de más de seis millones de habitantes (6.580.616), es decir, casi tantos como las 2.600 Municipalidades de la pobladísima Bélgica (6.717.819).

¡Cómo sorprenderse de que en esta metrópoli del mundo capitalista haya encontrado Verhaeren inspiración para el poema con que termina sus *Campagnes hallucinées!*

... lorsque les soirs
Sculptent le firmament de leurs marteaux d'ébene;
La ville, au loin, s'étale et domine la plaine
Comme un nocturne et colossal espoir;
Sa clareté se projette en miroirs jusqu'aux cieux,
Son gaz myriadaire en miroirs d'or s'attise
Ses rails sont des chemins audacieux
Vers le bonheur fallacieux
Que la fortune et la force accompagnent;
Ses murs s'enfleut, pareils à une armée
Et ce qui vient d'elle encore de brume et de fumée
Arrive, en appels clairs, vers les campagnes...
C'est la ville tentaculaire!

(1) Comprendidos los suburbios.

Londres es, en efecto, la ciudad gigante que proyectando á lo lejos la red de sus vías férreas—que semejan enormes tentáculos—atras y absorbe, insaciable, los hombres, los productos y el dinero de la campiña.

Llega el dinero bajo la forma de impuestos, de ahorros centralizados en los Bancos, de rentas, pagadas á los 12.500 individuos—londinenses en su mayoría—que acaparan por sí solos el dominio de dos terceras partes del Reino Unido de la Gran Bretaña.

Los productos que llenan el monstruoso vientre de Londres afluyen no sólo de todas partes de Inglaterra, sino de todo el mundo. En sus mercados se proveen los ricos de huevos y conejos de West-Flandre; de fresas, uvas, patatas y legumbres de la costa bretona ó de las *Channel Islands*; de *agumi* de Sicilia, Túnez ó de Argelia; de bananas de los trópicos; de cereales de Rusia, de la India y de los Estados Unidos; de viandas congeladas que los buques traen de los Antípodas; de quesos y mantecas de Dinamarca; de Islandia, de Normandía y del Canadá, etc., etc.

Los hombres, arrancados de su tierra natal, lanzados de la llanura por la crisis agrícola, requisicionados por el cuartel, el almacén y la fábrica, acuden alucinados á la ciudad luminosa como esas sencillas aves marítimas que después de puesto el sol revolotean, perdidas, alrededor della luz que despiden los faros en la soledad de la noche.

Según el censo de población de 1891, más de la tercera parte (el 34,3 por 100) de los habitantes de Londres había nacido en otra localidad. Cada año llegan de la campiña 50.000 personas, que fijan su residencia en la capital londinense. Es cierto que este movimiento tiende á disminuir, que en breve el número de personas que entren en Londres será igual aproximadamente al número de los que salen. Únicamente ganan aún habitantes los barrios de la periferia, los del centro los pierden; pero examinando los datos del país en conjunto se ve que la población de las ciudades se acrecienta rápidamente (1).

(1) Census of England and Wales, 1901, p. XII.—Londón 1901—De 1891 á 1901 la población urbana de Inglaterra propiamente dicha (Inglaterra y Gales) se eleva, de 21.743.977 (75 por 100 de la total), á 25.054.268 (77 por 100); la rural pasa, de 7.258.145 (25 por 100), á 7.471.242 (23 por 100)

Este rápido crecimiento de las aglomeraciones urbanas es un fenómeno general en todos los países donde impera el modo de producción capitalista.

Se comprueba este fenómeno hasta en naciones como la francesa, cuya población está poco menos que estacionaria, y en países como Irlanda, que está perdiendo habitantes desde hace muchos años por efecto de la emigración (1).

Es indudable que en la mayor parte de los casos el aumento de las ciudades urbanas no obedece—ó al menos no tiene por único origen—al crecimiento natural de la población, sino principalmente al éxodo rural, á la afluencia de campesinos en las ciudades y en los centros industriales.

Y esto aparece con toda evidencia cuando se examinan las estadísticas hechas por Van Mayr en Alemania y por Meuriot en Inglaterra y Francia sobre ciertas emigraciones internas.

Las huellas de las emigraciones señalan al primer vistazo los lugares donde están enclavadas las grandes capitales del mundo, las metrópolis comerciales, las más poderosas regiones industriales. Berlín-Potsdam, París y la costa de Francia; Londres, Hamburgo, Marsella, Liverpool, las Indias negras del Norte de Inglaterra, los distritos industriales de Sajonia y de las provincias renanas, los departamentos del Norte, el lionés ó la cuenca del Rhóne.

Al mismo tiempo esas huellas nos enseñan dónde está la vieja Inglaterra, rural y aristocrática; el país de los *Junker*, desde Francfort-sur-l'Oder hasta Königsberg, la

(1) En la Memoria elevada por el Ministro del Interior al Presidente de la República en 1901—el 31 de diciembre—, se dice: «El crecimiento de la población de las grandes capitales continúa y se produce con detrimento de las campiñas, porque es consecuencia del traslado de la población rural á los centros industriales y comerciales.»

En lo que concierne á Irlanda véase lo que dice Weber en *The Growth of Cities* (pag. 65): «La reorganización de la industria, fundada en la especialización internacional, ha arruinado la agricultura irlandesa y despoblado los distritos rurales y las pequeñas ciudades de Irlanda; ha determinado, por otra parte, el nacimiento de la única industria en que los productores irlandeses pueden luchar con ventaja—la industria linera—, y la ha reconcentrado en una sola ciudad. El aumento de población de Belfast durante el siglo XIX, no ha sido igualado por ninguna otra ciudad de Europa. Dublin, ciudad manufacturera y comercial, y Londonderry, puerto de mar, son las únicas ciudades importantes de Irlanda que con Belfast han crecido desde 1841.»

Normandía, las regiones de los Alpes y del Garona y la meseta central de Francia.

Y esto no es decir que los emigrados sean necesariamente un mal. Todos proclamarían hasta sus beneficios si se contuviera dentro de ciertos límites, si las regiones rurales—productoras de hombres—se limitaran á dirigir sus excedentes de producción hacia los centros urbanos—consumidores de hombres—. Pero en muchas regiones, sobre todo á partir de la crisis agrícola, no sucede esto; el éxodo rural llega á despoblar las campiñas.

Sí; en todos los países, lo mismo en aquellos que su población permanece estacionaria que en los que decrece, el número de los habitantes de las ciudades aumenta; *en todos los países*, aun en los que la población progresa rápidamente, *se encuentran distritos en que la población de los campos en menor ó mayor grado disminuye.*

En Francia, durante el quinquenio de 1896 á 1901, la población aumenta en 444.613 habitantes; pero este crecimiento no se dejó sentir más que en 25 de sus 87 departamentos. En 62 hubo déficit, que en la Memoria antes citada se explicó en los términos que copiamos á continuación:

«La principal causa del decrecimiento de la población en las tres cuartas partes de nuestros departamentos es la creciente atracción que ejercen los grandes centros urbanos.

»Con efecto, aunque la cifra total de aumento es sólo de 444.613 habitantes, la población de las ciudades mayores de 30.000 almas ha crecido en 458.376.»

En los Estados Unidos, según el *census* de 1900, la población rural sigue en aumento, pero con menor rapidez que la urbana, como puede verse en las estadísticas que sigue:

1890

	N.º de habitantes	Tanto por 100
Población urbana.....	20.768.881	32,9
Idem semiurbana.....	6.172.275	9,8
Idem rural.....	36.096.548	57,3
<i>Total.....</i>	<i>63.037.704</i>	<i>100,0</i>

1900

	N.º de habitantes	Tanto por 100
Población urbana.....	28.411.698	37,3
Idem semiurbana.....	8.208.480	10,8
Idem rural.. ..	39.528.398	51,9
<i>Total</i>	76.148.576	100,0

En Alemania, á pesar del extraordinario crecimiento de la población total (cerca de cuatro millones) en el lustro de 1895-1900, la de las campiñas—es decir, la de las localidades de menos de 2.000 almas—, aunque poco, ha disminuído. Verdad es que la disminución es sólo aparente, proviene de que en muchas comunidades que en 1895 tenían menos de 2.000 habitantes, su población ha pasado de esa cifra y han sido incluídas en el censo de 1900 como ciudades urbanas. Pero se puede afirmar que la población rural en conjunto ha permanecido estacionada y que en algunos distritos ha decrecido.

Así, por ejemplo, en el reino de Prusia—la gran conejera de Europa—ha crecido la población en el lustro expresado en 2.613.000 habitantes, el 8,19 por 100, proporción superior á la media del Imperio. Mas el aumento se ha repartido con notoria desigualdad: de los 565 núcleos que forman el Reino, 440 han aumentado y 122 han disminuído, perteneciendo 97 de éstos á las provincias agrícolas del Este. En el lustro anterior (1890-1895) hubo sólo 76 de déficit, de los cuales 47 correspondieron á las mismas provincias.

En Inglaterra, según el *census* de 1901, la población total creció en 3.523.550 de 1891 á 1901; pero el aumento lo han percibido casi exclusivamente las ciudades urbanas.

	POBLACIÓN		TANTO POR 100	
	1891	1901	1891	1901
Urbana.....	21.743.997	25.054.268	75	77
Rural.....	7.258.145	7.471.242	25	23
Ni rural ni urbana.....	403	565		
TOTALES.....	29.002.525	32.526.075		

Como vemos, el aumento de la población rural ha sido muy débil. Y además, hay que anotar que se ha producido en algunas partes nada más y que hay distritos agrícolas (250 de 635) que han padecido sensibles bajas.

La Memoria preliminar del *census* presentada á la Cámara de los Comunes el 1.º de abril de 1901, hace á este respecto consideraciones de interés:

«Los condados—dice—que presentan más importantes aumentos son los que guardan mayor vecindad con Londres—y en especial los de Essex, Kent y Surre—; los que tienen como principal industria la explotación de minas, como Glamorganshire, Northumberland, Derbyshire, Durham y Monmouthshire, y los que cuentan con industrias manufactureras, como Leicestershire y Nottinghamshire. *Los condados rurales vienen en últimas líneas con aumentos inferiores al término medio ó con disminuciones.* De ocho condados que acusan disminución, seis la tuvieron también en el decenio de 1881 á 1891.»

Consideramos inútil multiplicar los ejemplos. Con los enunciados basta para afirmar que en todas las comarcas donde abunda la industria y los medios de transporte y se abandona la agricultura á la competencia internacional, se manifiestan idénticas tendencias.

Si los habitantes de los poblados rurales que sufren crisis en la producción no se avienen á transformar sus cultivos, á crear nuevas fuentes de trabajo, el éxodo, bajo una ú otra forma, surge inevitablemente.

Los arrendatarios, pequeños ó grandes, disgustados de una explotación que reporta más deberes que provechos, rehusan el cultivo de la tierra, emigran á las ciudades urbanas, ó bien, y esto es más frecuente, mandan á sus hijos para que se hagan abogados ó médicos, curas ó funcionarios, comerciantes, criados ú obreros industriales.

Los artesanos, por su parte, como notan que su clientela se merma á medida que la población se reduce, se trasladan también á la capital y trasladan á ella su industria.

De todas las clases rurales, la menos unida al suelo es, naturalmente, el proletariado de los jornaleros y de los criados, que es el que suministra mayor contingente á la emigración hacia las ciudades y los centros industriales:

unos marchan para fijar en ellas su residencia de modo definitivo; otros para trabajar por el día y volver por la noche; otros para permanecer toda la semana y regresar los domingos; otros para estar temporadas más ó menos largas. Lógica consecuencia del éxodo—cualquiera que sea la forma que acepte — es *la disminución del número de obreros agrícolas en todos los países de agricultura capitalista.*

Hasta en los Estados Unidos, donde ha aumentado el total de la población rural, el número de obreros agrícolas tiende á disminuir; en 1880 había 3.323.876, y en 1890, 3.004.061.

En Alemania había en 1882, 5.881.819 obreros del campo; el censo de 1895 no arroja más que 5.627.794, y hay que tener presente que en ese número están incluidos las mujeres, los niños y los viejos, que entran en proporción mayor que en la estadística precedente.

En Francia, de 1862 á 1892—fecha en que se hizo el último censo agrícola—, el número de jornaleros ha bajado de 2.003.744 á 1.210.081; el de criados de las casas de labor, de 2.095.777 á 1.832.174.

Pero en ningún país ha sido tan fuerte la disminución como en Inglaterra, el país de los grandes capitales y del gran cultivo. La información de 1897 dice que en 1861 había 1.163.227 obreros agrícolas; en 1871, 996.642; en 1881, 890.774; en 1891, 798.912. La disminución ha sido, por consiguiente, de 364.315 obreros agrícolas, el 31,3 por 100, y engendra tal cúmulo de dificultades, que el ministro de Agricultura decía en 1892 en la Cámara «que la cuestión del porvenir para Inglaterra no era la competencia de la industria extranjera, sino la dificultad de encontrar brazos para la agricultura».

No obstante el aumento de salarios, la utilización creciente de las mujeres y de los niños, el ahorro de trabajo humano por la introducción del maquinismo y la extensión de la práticamente, el problema de la mano de obra en el campo se pone cada día en condiciones más difíciles y en todas las regiones en que se emplea el sistema del gran cultivo los arrendadores se ven forzados á recurrir á obreros de otros sitios, á cuadrillas de obreros nómadas, para atender á las exigencias de la siega, de la recolección y de otras faenas semejantes.

En la mayoría de los casos esos obreros proceden de los pueblos vecinos, y frecuentemente también se realiza un intercambio de operarios; por ejemplo, los de la región en que se produce el lúpulo van á la región del trigo y viceversa.

Aparte de estas emigraciones, circunscritas á los reducidos límites de una provincia ó de un distrito, hay otras emigraciones á distancia que interesan á millares de trabajadores y que son determinadas por la rarefacción de la mano de obra de ciertos distritos y la superpoblación de otros en que el trabajo está escaso.

Ejemplos de las emigraciones á distancia son las que realizan anualmente 40 ó 50.000 obreros belgas de los distritos más pobres. De Flandes van á los departamentos del Norte ó del Centro de Francia para recolectar, plantar y arrancar la remolacha. Aproximadamente acude la misma cantidad de obreros españoles al Mediodía de Francia en la época de vendimia. En Córcega son los obreros agrícolas italianos, dirigidos por los jefes llamados *caporali*, los que suplen el déficit que hay en la mano de obra.

Y en el resto de Europa, en particular en Irlanda, Alemania, Italia y en las provincias centrales de Rusia, existen parecidas reservas de trabajo, que periódicamente se extienden por las comarcas inmediatas, faltas de brazos para las labores agrícolas.

Al presente en todos los países dominados por el régimen capitalista la población de las aglomeraciones urbanas aumenta, absoluta ó relativamente. Y este crecimiento se efectúa, por lo menos en parte, á expensas de la campiña. El número de agricultores tiende á reducirse; millares de criados de labor y de jornaleros se dirigen hacia las ciudades y centros industriales, ya para residir en ellos siempre, ya para permanecer periódica ó cotidianamente; los arrendadores, impelidos por la carencia de brazos, apelan á obreros nómadas procedentes de regiones ó comarcas vecinas.

Emigraciones temporales ó definitivas, internas ó externas, tal es el espectáculo que nos ofrece el proletariado agrícola.

Á la antigua estabilidad de los siervos sujetos á la gleba ha sucedido la creciente movilidad de los obreros arrancados de su tierra natal.

«Creo tener derecho para afirmar—dice Karl Bücher—que el número de habitantes de Europa que vive en lugar distinto al en que nació, por efecto de la emigración, pasa con mucho de cien millones.»

Esta cifra, que representa la cuarta parte de la población europea, explica que el profesor Sering haya dicho «que hay una verdadera emigración de pueblos, junto á la cual palidecen las emigraciones habidas en los comienzos de la Era Cristiana, en particular, por lo que se refiere á la importancia de las masas movilizadas».

Emilio Vandervelde.



POLÍTICA EMANCIPADORA

La sociedad actual es realmente política, ó mejor dicho está dividida y sostenida políticamente.

Hablan en pro del anterior aserto los numerosos Estados ó naciones de que se compone el mundo civilizado.

Quinientos años hace que se formaron los primeros Estados políticos y aun subsiste en los de nuestros días el fondo y la forma, á la par que conservan casi íntegra y en vigor la esencia que de nacimiento caracterizó los Estados ó naciones formados por los hombres.

Se formaron los primeros pueblos con fronteras para implantar el dominio y el privilegio en ellos, por la fuerza y por la astucia, y encubierto todo ello bajo el título de «Arte de gobernar á los pueblos.»

En nada han variado las naciones á pesar del tiempo pasado, existiendo en todas ellas el dominio y el privilegio de los menos sobre los más, como si el orden de la sociedad estuviese supeditado á una raza ó á una casta.

Y así como han transcurrido cinco siglos de esta sucesión política en que se han venido afirmando y sosteniendo los mismos absurdos principios, se habría perpetuado este estado de cosas si no hubiese surgido de la misma vaciedad política que nos legaron nuestros abuelos, esa otra autopolítica, de negación, sabia y emancipadora, que, arrollando viejos sistemas, incluso las Repúblicas, fracasadas en su totalidad, ha dejado sentir su acción en todos los órdenes que afectan á la vida humana.

* * *

Esta nueva forma de concepción del mundo, del hombre y de la sociedad, se llama *Socialismo*.

Y el Socialismo por sí solo se ha abierto paso á través de las fronteras y de las razas, impulsado por la fuerza de verdad irrefutable de sus bases, reconocidas y acatadas universalmente.

Es el impulso mayor que puede tener una idea ó un sistema político ó económico: el reconocimiento universal de sus principios, que accionando sobre la naturaleza humana, la hacen aceptar por fuerza aquellas nuevas orientaciones, que en bien suyo han surgido, como en el Socialismo, de la fábrica, del taller, de la mina y de todos aquellos sitios donde los hombres trabajan sin liberación propia.

He aquí por qué al Socialismo se le denomina Socialismo científico: porque se impone á los hombres, al igual que se le ha impuesto el principio de la máquina de vapor, la ley de la gravitación universal ó la teoría de la caída de los cuerpos.

Pero habremos de analizar ese conjunto de nuevas orientaciones que forman la Sociología moderna, y habremos de analizarlas lo más claramente posible, única forma de que penetren mejor dentro de los cerebros obstruidos por ignorancias, vaciedades y convencionalismos: toda esa prehistoria que llevan sobre sí todavía gran número de hombres.

* * *

Es el Socialismo negador de todas las bases de la socie-

dad en que vivimos, porque todas ellas son la falsedad, la injusticia y el error.

Son la falsedad, porque todo aquello que de naturaleza le es necesario al hombre para alimento y educación de su espíritu, á la edad de la razón lo encuentra subvertido, acomodado á la voluntad de legisladores, jueces, sacerdotes, militares y todo ese fárrago de embaucadores profesionales.

Son la injusticia, porque todo aquello otro que de naturaleza también le corresponde al hombre para sostenimiento y conservación de su vida física, y que integra su derecho á la vida, que es la alimentación, la vivienda, el vestido, etcétera, no á la edad de la razón, sino al nacer, lo encuentra ya acaparado, robado.

Y son el error, porque los sostenedores de estas bases de la sociedad, sugestionados ó malvados, invocan en sus códigos, constituciones y catecismos, falsos derechos, falsos deberes, falsas doctrinas.

Son las bases de la sociedad presente, como ya he dicho antes, una continuación del *estado político* que se formó hace quinientos años, con la sola variante de que el señor feudal se llama patrono; el siervo, obrero; el hechicero, sacerdote, y el guerrero, militar.

Todo un pináculo de aberraciones abyectas constituyen las bases de la sociedad actual, en donde el dominio de los hábiles, contituídos en clases, ha llegado al máximo de desarrollo.

*
*
*

Es el Socialismo el encargado de derrocar y transformar esta sociedad inhumana en otra verdaderamente buena y justa.

Porque el Socialismo, en su conjunto, da una fácil solución á todos los problemas humanos que afectan tanto á la vida material como á la vida mental ó espiritual.

El Socialismo, científico por esencia y positivista por potencia, despliega en su programa una franca política de negación, una pujante política de emancipación, que empieza en el individuo para terminar en la colectividad y en la humanidad entera.

El Socialismo ha derrocado, y prosigue su obra de reden-

ción humana, sepultando y enterrando los ídolos levantados al dios del oro, al dios de la guerra y al dios del fanatismo religioso.

Legiones de hombres razonables han sido iluminados por la nueva luz, que potente y deslumbrante ha disipado las tinieblas del sentimiento humano.

Y el Socialismo, que es la luz de la razón, triunfará por encima de todo porque el triunfo lo lleva ya en sí mismo, y solo falta que esos otros hombres, ciegos, ignorantes ó embaucados por los continuadores de lo arcáico y lo tradicional, se unan de buena fe á la marcha triunfal del Socialismo, que empujado por la acción de su política emancipadora, arrollará esa política vetusta que hace cinco siglos crearon los hombres para sostener y perpetuar el error, la falsedad y la injusticia entre ellos mismos.

J. González Nieto.



Al comenzar su publicación EL SOCIALISMO saluda efusivamente á la Prensa toda, y en particular á la de carácter obrero, y da las gracias más expresivas á los periódicos que han tenido la amabilidad de anunciar su aparición.

I. CALLEJA, IMPRESOR

Mendizábal, 6.